DOMINGO VIII TIEMPO ORDINARIO. CICLO A

"NUNCA ME OLVIDARÉ DE TI"

No son pocas las personas pesimistas cuando dicen que Dios se ha olvidado de ellas; en la primera lectura es todo un país quien se lamenta. "Sion había dicho; el señor me ha abandonado, el señor me tiene en el olvido" (Dios se olvidó de nosotros). No deja de ser un consuelo escuchar la palabra del profeta quien continúa advirtiendo lo del Éxodo, "voy a bajar porque tengo compasión de mi pueblo"; ahora ante la opresión del exilio escucha de nuevo, la generación siguiente, "¿Puede acaso una madre olvidarse de su criatura hasta dejar de enternecerse por el hijo de sus entrañas? Aunque hubiese una madre que se olvidara, yo nunca me olvidaré de ti"; dice el Señor; de modo que ahí están todas las víctimas y victimarios; todos los que pueden por el sufrimiento hacer suyas estas palabras del Señor "Descansa solo en Dios, alma mía" (Sal 62).

No hay que juzgar a Dios y menos antes del tiempo en su obrar: "Esperen a que venga el Señor, pondrá al descubierto las intenciones del corazón y dará a cada uno lo que merezca" (segunda lectura).

HAGAMOS LA CUENTA.

Si hiciéramos una lista de cuanto tenemos como don de Dios caeríamos en cuenta de nuestra responsabilidad como administradores de los misterios, dones de Dios; y lo que se busca en un administrador es que sea fiel (segunda lectura). la fidelidad está más emparentada con el agradecimiento que con la petición. No podemos servir al mismo tiempo a los dones de Dios y al dinero (Satán), poder que esclaviza cuando se adora y se convierte en ídolo. La devoción a Dios lleva a amarlo, pero al dinero a "idolatrarlo" ...

¡PORQUÉ PREOCUPARNOS TANTO!

La preocupación monopoliza la atención y hasta trastorna la escala justa de valores. "¿No es la vida más que el alimento y el cuerpo más que el vestido?" Jesús pronuncia aquí una palabra de sabiduría, similar a la del refrán, "Debemos comer para vivir y no vivir para comer". La preocupación de la codicia y demás ansiedades del mundo suspenden la eficacia de la palabra, la dejan como en un desierto sin poder dar fruto. A propósito, Pablo le escribe a Timoteo: "Dile a los ricos (en la época presente) no ser orgullosos y no confiar en algo tan incierto como la riqueza, sino más bien en Dios, quien con abundancia nos provee con todas las cosas para nuestro disfrute. Diles que hagan el bien, ser ricos en buenas obras, ser generosos,

prontos a compartir, acumulando, así como tesoro un buen fundamento para el futuro, y así ganar la vida que es verdadera vida” (1 Tim. 6:17-19).